

La Academia y la necesidad de escribir

Fue el exigente compromiso de comparecer en sede universitaria lo que acabaría cambiando mi manera de entender y de estar en la profesión docente. Cuando tuve que afrontar la realización de un trabajo de fin de carrera (una tesina, que así la llamábamos entonces) para, acto seguido, hacerme cargo de la enseñanza de una asignatura, tuve que encarar lo que al respecto sabía, lo cual me permitió reparar, no sin aterrorizado asombro, en lo mucho que ignoraba. Esto es algo excepcional en la vida de un profesor no universitario, porque muy pocas veces ocurre que un docente de educación infantil, primaria o secundaria se vea en la tesitura de tener que explicar con un mínimo de rigor académico lo que es el campo de su profesión. A mí, pues, me sonrió la fortuna. Fueron tantos los beneficios que obtuve de aquel golpe de suerte, que no ha de extrañar a nadie que defienda esto de comprometer a los profesores ante foros exigentes, como una estrategia de formación del profesorado que habría que promover con convicción y eficacia desde las instituciones correspondientes.

Pero no fue solo que tuviera que hacerles frente a las exigencias propias del mundo académico, sino que las condiciones en las que tuve que hacerlo resultaron también determinantes de lo que iba a ser mi vida profesional.

En primer lugar, mi compromiso como docente universitario lo fue **a tiempo parcial**, lo que exigió que mantuviera mi puesto de trabajo en la escuela y, por lo tanto, que continuara viéndomelas a diario con la cruda realidad de la enseñanza (...)

En segundo lugar, me topé con el problema de tener que **enseñar una materia inexistente** como disciplina mínimamente constituida (...)

Creo que en nada de todo esto habría reparado de no haber sido por la necesidad de tener que hablar de ello en un contexto exigente, lo que a su vez llevó aparejada la obligación de escribir para precisar y articular bien mis ideas. (p. 134)

A tiempo parcial

Ocurrió que al terminar mis estudios de geografía el director del Departamento, D. Francisco Quirós, me sugirió la posibilidad de hacer **una tesina** sobre la enseñanza de dicha materia, como paso previo a la creación de una asignatura denominada Didáctica de la Geografía. Lo pensé unos días, lo consulté con **la familia** (con mi mujer, porque un hijo era muy pequeño y el otro estaba aún en camino), acepté el reto y me puse a ello. Terminé el trabajo en tiempo y forma. Tras la tesina vinieron **las clases en la facultad**.

[...]

Aparecieron también en este periodo mis primeras participaciones en **otros foros** impartiendo cursos, conferencias, ponencias, charlas, mesas redondas ...

Una tesina	La familia	Las clases en la facultad	Otros foros
		 <p data-bbox="810 2069 1077 2197">... si se quieren docentes motivados para realizar el esfuerzo de adentrarse seriamente en los conocimientos sobre la educación que se producen y se manejan en el ámbito académico, una buena estrategia podría ser esta de ofrecerles la posibilidad de hablar en contextos exigentes acerca de lo que saben, piensan y hacen. (p. 138)</p>	<p data-bbox="1102 1892 1374 2040">Para lo que aquí se trata, el caso es que las escribía, y, al igual que ocurría con las clases, esa actividad de plasmar por escrito lo que pensaba, embridando las ideas antes de saltar al ruedo con ellas, estimo que surtió efectos muy positivos en la organización de mi pensamiento pedagógico, que comenzaba entonces a dar sus primeros pasos como discurso explícito. (p. 138)</p>

<p>La tesina fue mi primer trabajo escrito relacionado con la enseñanza, es decir, con el oficio del que vivía desde hacía una década. Realizarla resultó determinante para el descubrimiento por mi parte del interés que podía tener el conocimiento académico para mi profesión. (p. 135)</p>	<p>Por supuesto que la capacidad de cada cual para organizarse y ser eficiente determina situaciones muy distintas, pero debe quedar bien claro que para formarse permanentemente no basta con la experiencia del aula, resultando imprescindibles las horas de trabajo profesional en casa. (p. 137)</p>		
--	---	--	--

Enseñar una materia inexistente




Cuando me hablaron por primera vez de hacerme cargo de una asignatura que llevaría tal nombre, de inmediato la imaginé como un saber que estaba ahí, en las bibliotecas, listo para acceder a él y trasmitirlo. Fue aquella [una ingenuidad académica](#) que, afortunadamente, duró muy poco tiempo, más o menos los meses, quizás solo semanas, que tardé en darme cuenta de que aquello que buscaba no aparecía por ningún sitio. Me concentré entonces en [el estado de la cuestión](#).

A tal fin acudí esperanzado al Coloquio Ibérico de Geografía, celebrado en [Lisboa](#) en 1980. (...) (p. 138)

Mi trabajo fue así orientándose hacia un territorio incierto que más adelante iba a reconocer como el campo profesional propio de los docentes, pero antes tuve que afrontar un periodo de [perplejidad, inconsistencia y cierta soledad](#).

[...]

... [una cita en Santander](#), que no solucionó todos mis problemas, pero me sirvió para saber que no estaba solo.

Una ingenuidad académica	Estado de la cuestión	Lisboa	Perplejidad, inconsistencia y cierta soledad	Una cita en Santander
<p>Resultó que el saber que soñaba adquirir en poco tiempo no solo no estaba disponible, sino que el terreno donde había que buscarlo se presentaba pantanoso y cubierto por la bruma.</p> <p>Debo decir que no fue solo la propia Academia quien me puso en mi sitio sino también la escuela, que estaba ahí como institución en la que pasaba seis horas diarias, y por debajo de la mesa me daba un puntapié en la espinilla de la coherencia cada vez que me ponía a escribir algo que no la tuviese suficientemente en cuenta. (p. 139)</p>	 <p>Como ya he señalado, tuve que acogerme a la prudente expresión de "aportaciones para una didáctica de..." al redactar el título de mi tesina, que era mi primera aproximación a la didáctica de la geografía. Resultó que no solamente no había una didáctica ya elaborada, sino que aquello que leía, más que darme respuestas, multiplicaba mis interrogantes. (p. 140)</p>	<p>Entre los días 13 y 17 de octubre de 1980, asistí en Lisboa al II Coloquio Ibérico de Geografía. (...)</p> <p>Adscrito a la sección "Ensino Básico e Secundario da Geografia", tuve la oportunidad de conocer y escuchar a algunos de los representantes de la geografía académica más interesados en su enseñanza, todos ellos muy críticos con el lugar que dicha asignatura ocupaba en los programas escolares, y con la amenaza que suponía su inclusión en el cajón de sastre de las ciencias sociales. Preocupaciones que no coincidían con las mías. (p. 141)</p>	 <p>Este periodo del 79 al 82, del que se puede decir que fue el comienzo de mi toma de conciencia profesional, estuvo caracterizado por la perplejidad ante el estado de la cuestión. Como no podía dedicarme solamente a pensar, sino que tenía que escribir y hablar, me vi abocado a avanzar ideas en las que hoy percibo inconsistencias importantes. (pp. 141-142)</p>	 <p>Quien más tenía que decir era Alberto Luis, que insistió en lo que él llamaba "el doble atraso, científico y educacional," que padecía la enseñanza de la geografía en nuestro país. (...) Creo recordar que los otros dos invitados mostraron mayor convicción al defender lo que el profesorado progresista estaba haciendo en los ámbitos de la renovación pedagógica española. (p. 145)</p>